

Por último, los lectores pueden encontrar un sinfín de pistas para emprender nuevas investigaciones. Sólo por poner un ejemplo: en la tercera fotografía dedicada a Tacubaya, aparece el callejón de la “Doctora” esquina con la “calle Olaya”, se calcula que la fotografía fue tomada entre 1930 y 1934. En ella se observa un anuncio del *Cine Cartagena*, donde se exhibían cuatro películas que se podían disfrutar por tan sólo 30 centavos en luneta o 10 centavos en galería. Las cintas eran: *El Gigoló*, *Volando voy*, *Lejos*

de Broadway y *Vaquero*. Este pequeño dato puede llevarnos a rastrear la influencia de Hollywood entre los habitantes de Tacubaya al despuntar el siglo XX. Las cintas hoy se pueden apreciar gracias a la tecnología: la del *Gigolo*, es probable que se trate de *Mira ese guapo gigolo*, *pobre gigolo*, dirigida por Emmerich Hanus y los actores principales fueron Igo Sym, Anita Dorris y Ernst Reicher, de 1930, producida por la compañía Metro Goldwyn Mayer. *Volando voy* era una comedia musical con reconoci-

do coreógrafo, dirigida por Charles F. Riesner, de 1931, protagonizada por Bert Lahr y Charlotte Greenwood, también de la Metro. *Lejos de Broadway* fue dirigida por Harry Beaumont en 1931, protagonizada por John Gilbert y El Brendel. No hay indicios seguros, pero es posible que *Vaquero* haya sido *Vaquero de Texas*, un *western* de Oliver Drake, de 1932, protagonizada por Lane Chandler y Buddy Roosevelt. Es indispensable recuperar nuestra vida histórica en todos sus momentos y personajes.

Donde las balas suenan y los rezos callan

Rebeca Monroy Nasr*

Aurelio de los Reyes, *Sucedió en Jalisco o los cristeros. De cine, de cultura y aspectos del México de 1924 a 1928. Cine y sociedad en México, 1896-1930*, vol. III, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas/INAH/Seminario de Cultura Mexicana, 2013, 583 pp.

sobre *Cine y sociedad en México: vivir de sueños*¹ y *Bajo el cielo de México*,² ambos con un trabajo muy amplio y grandes profundidades

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930: Vivir de sueños, 1896-1920*, vol. I, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1983, p. 272.

² Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930: Bajo el cielo de México, 1920-1924*, vol. II, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993, p. 409.

históricas, realizado con fuentes de primera mano, que desvelan diferentes aspectos de nuestro país. Dicha investigación, a su decir, la inició en 1973; el volumen que motiva esta reseña lo terminó en 2009.

Es importante señalar que este tercer volumen, que no el último, porque todavía le quedan en el tintero los años de 1928-1932, retoma su planteamiento claro y definido de que él *no* trabaja, *per se*, historia social, historia política, historia de las mentalidades, historia de la vida cotidiana e his-

El más reciente libro del doctor Aurelio de los Reyes es una continuidad de sus dos anteriores volúmenes

toria cultural. Esta indicación es una de las partes que más gocé de su introducción, pues señala de manera precisa y contundente que se trata de *historia del cine...* entrecruzado por su contexto histórico magistralmente manejado, por sus ires y venires entre lo social y lo cultural, entre la nota roja y las noticias del día, relato de las mentalidades que desvela detalles de algunos de los actores, de los políticos y de los principales participantes de esta historia. Tiene toda la razón el doctor al defender ese coto de conocimiento, ya que es el cine el hilo conductor que le da sentido y noción a su amplio, profundo y claro estudio. Aunque, de manera sorpresiva, enfatiza que no necesita de las películas para trabajar.

¿Cómo historiar el cine sin películas?: en tres libros lo muestra con claridad, y se logra con grandes habilidades y el oficio de historiador. Se trata de una obra de profundidades marinas, de largo aliento, que ni el mismo Plutarco Elías Calles podría narrar con tanta puntualidad. Lo logra, en gran medida, con ayuda de la hemerografía, del género epistolar, de la historia oral, de diarios, de los archivos particulares y las colecciones en museos nacionales y del extranjero, pero sobre todo, con una fuente natural que pocos han utilizado: el “esbozo de los argumentos”, herramienta de trabajo que maneja de manera puntual y contundente, para darle forma y sentido a las películas que trata como medio documental, siempre fino en su escritura y suave en su andar.

Es un libro complicado de reseñar porque los temas que trabaja son de una amplitud, profundidad y diversidad que atañen a una gran variedad de presencias en la escena nacional. Va dejando ver, cuadro por cuadro, como en las cámaras antiguas, una infinidad de temas que señalan caminos para estudios posteriores. Abre grandes canales e infinidad de veredas para erigir otros nuevos análisis. Si lo observáramos como una película, veríamos catorce grandes carteles o letreros que anuncian las partes sustanciales, producto de una necesaria división interna para ir desvelando la presentación contextual del periodo y los empeños del presidente Elías Calles, desde la visión política-histórica, en su deseo de hacer respetar la Constitución y la manera en que los desencuentros con los católicos, la Iglesia, los militantes fanáticos, el papa Pío XI, y los afectos a esa religión, tomaron una postura en un ríspido lugar. De la violencia desatada, sin cuartel, silente en apariencia, pues la Revolución había terminado, pero los conflictos aumentaron a raíz de proponerse con firmeza el respeto de los textos constitucionales y las normas básicas.

Elías Calles proponía, supongo, desde su espiritismo, masonería e ímpetu revolucionario, un claro antagonismo hacia los católicos militantes, papales o simples simpaticizantes, que cada día se volcaban más a la contienda, a la agresión y a la desmesura, y aun peor, instigados, como lo muestra el doctor De los Reyes, por el papa Pío XI. El cisma de la Iglesia católica con el

patriarca Pérez, apoyado por el gobierno de Calles, detonó los ánimos adversos de los católicos sin redención. Es una vieja historia que, al leerla como hilo conductor, se asemeja a aquellos *rushes* de trabajo del cine, pues nos da claramente los antecedentes de lo que hemos vivido y de lo que aún se vive en diferentes países del orbe, como ahora lo tenemos claro entre palestinos, musulmanes e israelíes. Aquí en México quedó soterrado el catolicismo, pero sigue y seguirán jacobinos y laicos, entremezclados con marxistas guadalupanos, ateos gracias a dios, o bien, agnósticos convencidos, en donde perviven las prácticas de manera encubierta, silente, hasta que aparecen de nuevo entre los escombros.

Ya entrados en números, es importante señalar que el libro tiene “apenas” 178 temas, que el investigador e historiador rehace poco a poco y de manera suave, cadente, delicada. El autor narra lo que sucedió en el día a día de la política de Calles, como los acuerdos con nuestro vecino del norte o sus viajes a Alemania (antes de ser primer mandatario) para conocer algunos aspectos de la vida germana que pudiesen ayudar al reacomodo de nuestro país. Y también cabe hacer mención de la salud del “casi presidente”, para confirmar que era hipocondriaco: sus enfermedades se presentaban según aumentaba la presión.

En su libro, el doctor De los Reyes muestra esa débil línea entre la tolerancia de unos y el descontento de otros, cómo aparecían los cuerpos cercenados de los militares, civiles o maestros, también retoma

los casos de los desorejados, o de los católicos fusilados; los contrastes sociales y políticos eran muy marcados, como el blanco y el negro de la foto y del cine de la época.

En la obra se describe también el territorio de las relaciones públicas, de las confidencias, de las enmiendas, de las decisiones tomadas para no dar paso atrás y no dejar que las beatas, las mujeres ungidas o los jóvenes católicos de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana influyeran en el destino nacional. Tarea ardua y notable la manera en que describe el doctor De los Reyes las tácticas que usaron aquéllos como medida para detener a un Estado y un gobierno decidido a ser laico en todas sus formas educativas, formales, culturales e incluso cinematográficas.

Resulta impactante conocer el boicot que montaron esos católicos para deteriorar la economía del Estado, o bien, el de las damas católicas, con sus manifestaciones y sus grupos de buena conducta. También asombra la radicalización de quienes, ante el boicot, decidieron tomar las armas, como Palomar y Vizcarra, o incluso Toral, dibujante engañoso que se declaró no fanático, pero que acabó siendo un religioso extremo que asesinó a Álvaro Obregón, candidato reelecto a la presidencia; también destacan los casos de la madre Conchita, de fuerza verbal insólita, y toda la banda de Castro Balda, grupo que intentó más de tres veces matar a Obregón. Al final, el matrimonio de la exabadesa con Castro Balda, como señala el historiador en la calle de Álvaro Obregón, alimentó el

humor negro de la época y también el del investigador.

Entre los 178 temas, el celuloide está presente de diferentes maneras, por ejemplo, con los empresarios que financiaban películas, los que construían cines, los que hacían cadenas de cines (en la actualidad, duopolios), los que eran engañados por sus esposas o los que lograron sobrevivir al boicot de los católicos. Se suma a tales casos la presencia de los sindicatos, un tema apasionante, porque no sólo eran los tramoyistas —como los del teatro— quienes trabajaban en las salas de proyección, sino que también estaban los músicos que tocaban allí. Por supuesto, de eso no solemos acordarnos, mucho menos las generaciones que hemos vivido el cine sonoro. El libro expone el cine mudo de aquellos años y termina justo con la primera película sonora del país, *Santa*, de 1932. Pero, en una especie de colación con diversos mundos, el autor aborda las diversas facetas, a cada una le hace un encuadre para desarrollarla y con ello construye una película completa. Sí, tal vez fue cine mudo, pero la manera en que lo hace hablar es impresionante. Las noticias, los diarios, las encuestas, todo nutre ese afluente de información que crece en cada episodio de manera magistral.

Es un libro de lectura amena, pero es complejo y completo en su andar; se puede empezar a leer como una historia que va a desarrollar ciertos temas, pero todos ellos van creciendo conforme se avanza, atraviesan periodos, trabajos, evidencias, y sólo una capacidad mayor puede ordenarlos,

como lo hizo el doctor. Es como si de una misma película salieran otras a la par que se pueden ir analizando y viendo en sus contenidos. En ese devenir, un evento desencadena otros, que conforman la vida y sociedad del México de 1924 a 1928, en secuencia, en línea del tiempo, en tema, en forma, en contenido, todo ello como si fuese un proyector de cine, y también con presencias paralelas, entre el blanco y negro y el color. De esa manera se visualiza lo redondo del trabajo.

En el discurso de la obra se entrecruzan los momentos políticos con los actores, los directores, las llamadas de Hollywood, las actrices que se fueron para no regresar, las que fracasaron, la gran cantidad de películas que se importaron en el periplo de Calles. También llama la atención la manera en que se quería a México en el exterior, pues muchos directores del “otro lado” buscaban reivindicarlo por su valentía, su colorido, su tenacidad. Eso fue una verdadera novedad: directores, actrices y actores apreciaban lo que teníamos, pensaban que deberíamos aparecer en las pantallas con nuestra riqueza, venían y nos visitaban. En ese contexto se retrata la presencia de Dolores del Río, así como la imitación de otras tantas que se quedaron en el camino. También se retoma el logro de Lupe Vélez, competencia de Del Río, cuya amistad no prosperó. Otro caso mencionado es la presencia de actores como Ramón Novarro —con “o”, porque no podían pronunciar “Navarro”—. Directores interesados en el país y que casi logran que se

filmara en México, lo que, si bien en ese momento no se consiguió, sí abrió camino a la mirada por ejemplo, de Eisenstein. Ello posibilitó, años después, la generación de obras fotográficas de propios y extraños, como las de André Breton, Paul Strand, Robert Capa, y otras más, algunas literarias, que también contribuyeron a forjar la imagen de México ante sí y ante el mundo.

El tema literario está espléndidamente desarrollado en la investigación de De los Reyes, pues como parte del ambiente cultural de la época surgió una gama de escritores que se interesaron en hacer argumentos de películas, quienes entre ellos se retroalimentaban en sus fuentes y sus formas literarias, sobre todo, debido al interés de realizar guiones sobre México en todos los aspectos de la vida; ello abrió un género literario que no había tenido gran auge hasta ese momento. De tal suerte, entre el cine y las letras nutrieron sus vertientes. En una narrativa impecable, vemos también cómo los literatos crecieron o intentaron crecer en el cine y cómo algunos triunfaron y otros echaron marcha atrás. No tenía auge lo descriptivo, lo demasiado romántico ni lo melancólico, pero las vanguardias literarias, como los estridentistas, lograron mostrar un mundo diverso tanto desde la crítica como a partir de los guiones de películas.

Por otra parte, la presencia de Aleksandra Kollontai y del cine soviético, del alemán y sus novedades —para algunos incomprensibles en la pantalla, como *El gabinete del Dr. Caligari*, entre

muchas otras filmaciones que causaban sensación o repudio—, alimentaron las temáticas, la visualidad, la presencia escénica, la manera de trabajar la cámara, los personajes, los encuadres, la composición, entre muchos otros rubros que se beneficiaron con la presencia de aquellas influencias.

El celuloide, el filme y la película siguen desarrollándose de manera entrelazada con el contexto social y político, gracias a las labores del historiador De los Reyes que muestra los trozos de lo que el material documental dejó, de aquello que se presentaba, pero también de lo que callaban los noticiarios y no se transmitía, como por ejemplo, el desencuentro con los cristeros y la guerra interna entre el gobierno callista y los fervorosos militantes católicos. Ese material estaba prohibido por el mismo Calles. A pesar de la prohibición directa del entonces presidente, sí se exhibió la película *Rey de reyes*, que narraba pasajes de la vida de Cristo, lo que constituyó una afrenta a la voluntad del mandatario. Por otra parte, el autor narra que la película *Los diez mandamientos* no llamó la atención y fue un fracaso de taquilla. La presencia de la película documental *El coloso de mármol*, que se hizo con la idea de hablar de los logros y los méritos del gobierno callista, tampoco tuvo una buena recepción entre el público.

De los Reyes describe cómo, del cine propiamente cristero, todo era subterráneo, silente, clandestino. Si lo hubo, no se exhibió; lo que se recabó se resguardó, al igual que las fotos, prohibidas, para no

ahondar en la lucha entre hermanos justo cuando la Iglesia proponía intervenir en la vida laica del Estado.

Todo lo anterior es asombrosamente contado en el día a día del callismo. Incluso aparecen las hijas de don Plutarco, contradictorias, caprichosas y veleidosas, pues hacían con sus estafalarias actitudes quedar mal al padre, quien lanzaba, de vez en vez, edictos más conservadores. Ellas, prendadas de la modernidad, tenían acceso a las últimas tendencias en el vestir, los cortes de cabello y el maquillaje, como Alicia, que se dejaba ver con sus vestidos ajustados a su delgada y grácil figura, su pelo a la *Bob* y la boca carmín. Ella hizo sus *pininos* en el cine en Hollywood, para después casarse con Jorge Almada en el Castillo de Chapultepec, un acontecimiento majestuoso, pletórico de personajes y regalos excelsos.

También gracias a este maravilloso libro, de tintes diversos, es posible comprender cómo Obregón fue el gestor de un partido que no vería concretado, el Partido Nacional Revolucionario (pues sugirió su conformación desde 1925), y el hecho de que más tarde el mismo Calles aprovechó la coyuntura de su muerte para extender su poder político durante aquel periodo conocido como el *Maximato*, ahí la figura del hombre detrás del trono se dibuja con claridad, hasta que el presidente Cárdenas lo sacó del país.

La nota roja no podía faltar en esta obra, no en un capítulo o recuadro propio, como lo hizo con los temas anteriores, más bien la deja ver el autor con las últimas dos vi-

das, que no fueron las de Obregón y Toral, como este último pensó, sino con las actrices, que morían por los fracasos al intentar llegar a Hollywood. Y también con los suicidios por amor; las mujeres que por ser modernas se rebelaban frente a sus maridos, y ellos no lo toleraron; el empresario defraudador que mató al chofer, amante de su propia amante; los muertos y heridos por los católicos; los muertos y heridos por el gobierno de Calles; los muertos que siguieron por la vida política, como Gómez y Serrano; la muerte de Maximiliano, la de Carlota, que perdió su lozanía y belleza, además de su cordura, dato histórico hecho noticia. La muerte de la madre de los nueve hijos de Calles también forma parte de los eventos terribles de su gestión, y no pudieron salvarla ni los médicos ni las medicinas; murió lejos del general, él la trajo a la capital, acá le hicieron los honores. Entonces se presentan más fuertes que nunca los remedios, entre los ejercicios y tablas gimnásticas, entre las aguas minerales y la homeopatía, entre los médicos alemanes y las aguas de manantial del Niño Fidencio. La salud fue uno de los grandes temas, pero sobre todo la del propio presidente, que si bien salió del país a curarse antes de la toma de posesión, más tarde pareció tener curas alternativas y llegar hasta Fiden-

cio para su compostura final. En ese punto aparece una pieza fundamental de todo esto: la secretaria de Calles, Soledad González Dávila, quien resguardara la memoria, las cartas, las fotos, los álbumes que le encomendara él mismo, y las cuales resguardó después su hija, Hortensia Elías Calles de Torreblanca. Tal archivo consultó cuidadosamente el doctor Aurelio de los Reyes.

Así, entre el texto y la imagen, entre las caricaturas y los diarios, entre la recuperación de archivos en diferentes países, entre el género epistolar, tenemos la magistral reconstrucción de cuatro años que ni siquiera el mismo Calles podría haber realizado, ni Esperanza Velázquez Bringas, una de sus más gratas admiradoras, ni tampoco su fiel secretaria.

La obra constituye una memoria visual de varios movimientos, aunque carece de los materiales de la pantalla, pero eso no detiene al investigador Aurelio de los Reyes, ya que logra reconstruir esos años del cine mudo en México, cuando el 99.9% de los filmes están destruidos, pues no existe ni siquiera una película completa de esos años. El autor muestra claramente cómo es posible hacer historia del cine sin tener y ver las películas, y argumenta que “la ausencia de películas no debe impedir la reconstrucción del pasado filmico”.³ Al parecer, sólo un

investigador de grandes ideas, de fuertes vientos, de audaces aventuras intelectuales asume ese reto; sólo un docto en la materia, un hombre responsable de su conocimiento, un actor social comprometido con su tiempo, un maestro destacado, un lúcido investigador, con gran experiencia, hace un trabajo de este perfil. Es un libro erudito y de conocimiento enciclopédico, mostrado con la sencillez del lenguaje del que conoce a fondo su tema.

“La sombra del caudillo” aún vive entre nosotros, regresó hace poco, así que nos toca observar con cuidado la metodología con la que el doctor Aurelio de los Reyes se acercó a sus historias entreveradas por el celuloide. Le toca ahora al lector descubrirlas, tarea no fácil —con sus 583 páginas de historias, anécdotas, bromas de un humor sutil, pies de página que completan las anécdotas—, pero sumamente grata por la lucidez del texto, aunado al cúmulo de imágenes poco conocidas y muy atractivas.

Para concluir, celebramos la experiencia del autor, que nos brinda nuevas y mejores formas de hacer historia... inmejorable, inimitable, deja lazos fuertes, muestra cuadros y ventanas al mundo que “develan los signos de su tiempo”.⁴ Ésa fue la tarea que se impuso y, a mi saber y entender, logró de manera magistral.

³ Aurelio de los Reyes, *Sucedió en Jalisco o los cristeros. De cine, de cultura y aspectos del México de 1924 a 1928. Cine y sociedad en México, 1896-1930*, vol. III, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas/INAH/Seminario de Cultura Mexicana, 2013, p. 11.

⁴ *Ibidem*, p. 10.